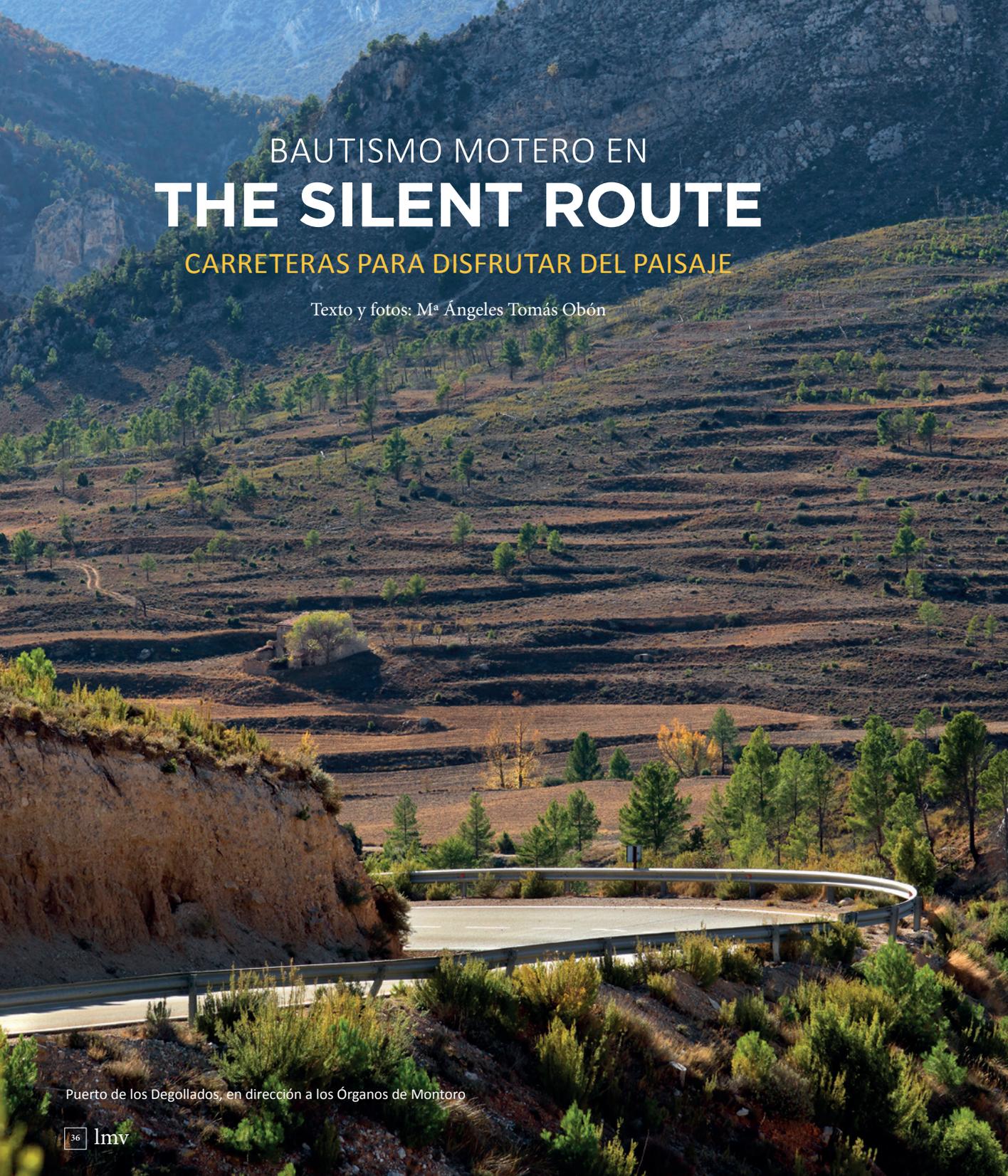


BAUTISMO MOTERO EN THE SILENT ROUTE

CARRETERAS PARA DISFRUTAR DEL PAISAJE

Texto y fotos: M^a Ángeles Tomás Obón



Puerto de los Degollados, en dirección a los Órganos de Montoro



La Vespa del bautizo, al final de la ruta

No tendría más de diez o doce años la primera vez que puse un pie en la A-1702. Fue en una salida familiar para visitar el nacimiento del Pitarque en uno de esos largos domingos de verano de la infancia. Por aquel entonces, mi conocimiento del mundo más allá de los límites del pueblo era muy limitado: tardes de fiambra y diversión en agua dulce al compás de las chicharras en la Estanca de Alcañiz, viajes al oculista a Zaragoza y alguna quincena, cada dos o tres años, en Vinaroz.

Desde entonces he regresado en varias ocasiones a esa carretera, conocida también desde hace unos años como The Silent Route, pero el verano pasado lo hice de una manera muy distinta, sobre dos ruedas y confirmando en ella mi bautismo motero.

Mi primera cosmografía viajera la constituían las geometrías apaisadas que se perdían en el horizonte de las planicies y estepas del valle del Ebro. El cierzo, la niebla, los olivos, almendros y algunas manchas de pinos carrascos, sus hitos más característicos. Los cantos rodados mecidos por las olas de la pedregosa playa de Vinaroz eran lo más exótico de esas mis primeras geografías. ¿Cómo no iba a quedar impresa a fuego mi primera incursión en los relieves quebrados, agrestes y atormentados por los que se abrían paso las contundentes curvas de la carretera que conducía a Pitarque? El impacto fue grande en mi tierno cerebro y ahí quedó ese caótico paisaje incrustado en mi subconsciente.

Tardé varios años en volver a recorrer la A-1702. En los primeros ochenta no era tan habitual eso de salir por ahí los fines de semana por el simple hecho de viajar sin motivo alguno, al menos en mi familia y entorno. Así que tuve que esperar a echarme novio con coche para poder volver a esos lugares que tanto me impresionaron. Pero el momento llegó y una «pascuica», día que en Andorra tradicionalmente se pasa en el campo, decidimos realizar la ruta desde Andorra hasta Cantavieja y volver. Difícil describir con palabras las sensaciones que este viaje hasta Cantavieja me proporcionó. A cada kilómetro el paisaje me emocionaba más y, al final, como guinda, el puerto de Cuarto Pelado, medio cubierto por la nieve, con esos magníficos ejemplares de pinos solitarios que salpican los suaves relieves que caracterizan ese puerto que ronda los dos mil metros. Ese día quedé totalmente prendada de esta carretera.

se han ido ampliando y he podido viajar a lugares lejanos, siempre vuelvo y siempre la disfruto. Mi enamoramiento sigue intacto. En cada recorrido descubro nuevos detalles, nuevas perspectivas y vuelve a ser como una primera vez. Me fascina percibir los cambios según transcurren las estaciones. Las parameras entre Gargallo y Ejulve son mi tramo preferido en invierno, cielos extraordinariamente azules y una atmósfera clara y fría que casi puedes abrazar con tus manos. El otoño y sus colores te envuelven en el trecho entre los Órganos de Montoro y la subida a Villarluengo. El verano siempre es verde y fresco entre la Cañada de Benatanduz y el Cuarto Pelado. La primavera se va trasladando de tramo según avanzan los meses y mientras los almendros florecen en la Venta de la Pintada, el invierno sigue reinando en el Cuarto Pelado. La carretera también cambia completamente de aspecto según el momento del día, la climatología, o el sentido en el que la recorres, incluso se muestra diferente según tu ánimo, al que se adapta con facilidad.



El puerto de los Degollados desde el mirador de los Órganos de Montoro

Durante años achaqué equivocadamente este enamoramiento a circunstancias ajenas a la propia carretera o sus paisajes. Era uno de mis primeros viajes fuera del ámbito familiar, apenas tenía experiencia viajera, la compañía era realmente buena y, por si fuera poco, durante todo el viaje nos escoltó la música de los Smithereens y The Smiths, que ya siempre han ido unidos en mi imaginario a esta carretera y sus curvas.

Más tarde volví a recorrerla en numerosas ocasiones. Cualquier excusa era buena para disfrutar de esas curvas, del entorno y también de sus gentes. Y he seguido haciéndolo. Muchas veces. Y aunque afortunadamente mis geografías

Vista de Ejulve.
Foto Antonio Delgado

Hace unos años, un poco antes de la pandemia, le pusieron nombre, The Silent Route, y los moteros empezaron a ser transeúntes habituales de sus curvas. Yo, que soy muy de caminar y de extasiarme con las amplias panorámicas, cuanto más aéreas mejor, que puedo pasarme horas en el mirador de los Órganos para contemplar desde allí, medio en éxtasis, el trazado de la carretera, empuñada por la altura, siguiendo con la mirada el jugueteo de las curvas con las faldas de la montaña, al principio los observaba escéptica, no llegando a comprender los misterios de ese recorrido a ras de suelo, pegado al asfalto, con la rodilla en juego a cada curva.